



EL MUNDO ALEGRE.

PERIÓDICO QUINCENAL,

QUE PUBLICA

POESÍAS Y ARTÍCULOS INÉDITOS

DE LOS

PRINCIPALES LITERATOS

Y DIBUJOS DE LOS

MEJORES ARTISTAS.

FOTOGRAFADOS DE LAPORTA

ADMINISTRADOR—PROPIETARIO:

JULIAN RODRÍGUEZ.

CUADERNO 10.^o—SERIE 1.^a

Precio: 10 céntimos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,
TESORO, 5, BAJO.
MADRID.

MADRID: 1890, — IMPRENTA DE JOSÉ CRUZADO, DIVINO PASTOR, 9.

© *Biblioteca Nacional de España*



EL MUNDO ALEGRE.

RESUMEN RECREATIVO.

Y por último, hemos estrenado otro alcalde.

Pero no encontrando ya en este mundo sujeto que pudiera servir para ello, hemos acudido al otro.

Se ha encargado de la presidencia del Municipio el señor Rodríguez San Pedro.

Ahora podemos dirigirle nuestras súplicas, por música, entonando aquello de:

«Señor San Pedro

que quiero reír y no puedo »

No ha tomado medida, que se sepa, digna de llamar la atención.

Y que tiene poco que hacer, si quiere.

En Madrid hay distritos, señor San Pedro, completamente dejados de la mano del Municipio.

Es un suponer, el de la Universidad.

Barrios marroquíes, señor Rodríguez, á juzgar por la carencia de policía urbana, así como de vigilancia y seguridad; pero esto último no es de la competencia del alcalde.

Calles como las de Don Felipe, Corredera y otras á éstas colindantes, alfombradas con verdura, que no parece sino que, según las engalanan las verduleras ambulantes, que va á pasar alguna procesión.

Perros amaestrados en libertad y personas de ambos sexos, también en libertad, sentadas al aire libre ó revoloteándose y almorzando en medio de la calle (véase la de Don Felipe como si estuvieran en el campo).

En las altas horas los umbrales de varias puertas convertidos en dormitorios, para una persona cada uno y aun para matrimonios oscurecidos.

Todo esto, cuando el estado sanitario de algunas provincias próximas deja mucho que desear, parecerogativas para conseguir epidemias.

Sobre que da mala idea de una capital que pudiera pasar por civilizada, salvando ciertos lunares.

Mucho tiene que hacer vucencia dentro y fuera de la casa del Ayuntamiento.

Mire V. E., señor San Pedro, en los kioskos para venta de periódicos, cerillas y otros alimentos, vivian pacíficamente, hasta ahora, unos cuantos sujetos y sus familias.

Modestos ciudadanos, metidos en jaula como pájaros, pasaban las horas del día sufriendo el fuego del cielo y las inclemencias de la temperatura y del Municipio.

Pagaban su contribución como industriales enjaulados, que no excedía de doscientas pesetas, cuando ocurrió á uno de

los antecesores de V. E., señor Alcalde, que deberían pagar quinientas los mencionados pájaros industriales.

A consecuencia de esta subida ya ha muerto alguno; es decir, que ha quedado vacía la jaula, en perjuicio del comerciante y del público, y morirá algún otro pájaro de los que todavía aletean.

Madrid es una villa importante, más importante que Villalba, dicho sin ánimo de ofender, y que Villar de Ciervos, aunque también aquí los haya, y que Villamanrique y otras.

Necesita cierta limpieza, oportuna, porque ahora las plumas del Municipio, encargadas del aseo de las calles, funcionan en el centro á las dos de la tarde, como puede ver V. E., y no me parece que tales horas sean de oficina para los jóvenes barrereros.

Respecto á material de incendios, queda mucho que desear.

En honor de la verdad, sea dicho, estamos muy por encima de Villalba y de Villar de Ciervos y de Villamanrique.

Pero no tenemos mas que hombres.

Esto sí, un personal de héroes no tan recompensados como deberían estar.

En arbolado estamos bien desde que plantaron esos pinos

ahí, en Amaniel, hemos ganado mucho.

Se conoce en la temperatura y en la salud, y en el arreglo de las deudas municipales.

Pero señor San Pedro, vea V. E. el Parque de Madrid, que se va quedando calvo.

Hace años que se nota, no sé si será por la edad del Retiro, que se le caen los árboles.

Vamos, que se los cortan sin duda, para que le crezcan con mas furza, como sucede con el cabello.

Y cuando ese paseo se nos acabe ó quede convertido en solar, ¿adónde iremos á pasearnos los habitantes en Madrid?

Únicamente nos quedarán dos sitios, humillantes para la dignidad humana:

El Hipódromo y la Plaza de Toros.

Y parece feo, ¿no es verdad, señor San Pedro?

El paseo es la única diversión, al alcance de todas las fortunas.

Porque el teatro, por ejemplo, es muy caro en esta capital.

Y gracias al sistema de raciones, disfrutan los vecinos pobres algo de literatura moderna.

Pero no pueden costearse una ópera italiana completa.

Porque en cuanto se forma una cuadrilla de esas baratas muere á mano airada.

También consiste en que el público no quiere tomar ópera

sino es de lujo, y no tolera á esas donnas con primo cartero, ni á los Mininis y Chuchinis y Boquinis, leñores y bajos y de Edad Media que trabajan á precios reducidos.

En cambio, á falta de teatros de ópera contamos con dos de drama, tres de comedia, la alta en la Princesa y la mediana en la calle del Príncipe y la baja en la Corredera de San Pablo; cinco de zarzuela, baile y conciertos musicales en varios cafés, y verbales en otros.

Ya funcionan la Princesa, la Comedia, Apolo, Lara, Eslava, Martín, Romea, el Salón Variedades y el teatro Real.

En éste se ha estrenado *O'ello ó el moro de las babuchas*.

La signora Tetrassini ha hecho una *Desdémona* muy recomendable.

En la Comedia han empezado con Moratín y D. Ramón de la Cruz, que es buen principio.

De estrenos andamos medianamente.

Hasta que salga por ahí otra *Cruz blanca* no entraremos en caja. Yo voy á estrenar, pero en cuanto entre el invierno.

Un terno de treinta y cinco pesetas para asistir á los estrenos que pueda.

Porque como hay peleas en esas noches, no es prudente asistir á los teatros vestido de persona. EDUARDO DE PALACIO

DE BALCÓN Á BALCÓN.

—¡Gertrudis!... ¿Cuándo has venido?

—Ayer. ¿Y tú, Beatriz?

—Vine anoche.

—Ya era hora.

—He estado en Albarracín.

—Pues yo he llegado ayer mismo
de Alemania y de París,
con mi señorita Carmen
y mi señorito Gil.

¡Viene más gordo y más guapo!...

—¿Y te has divertido?

—Sí.

Tengo mucho que contarte.

—Yo te tengo que decir
buenas cosas... ¡Ay! no sabes
lo que desde que me fui
me he divertido.

—Pues mira,

yo he disfrutado por mil.

—No se lo digas á nadie,
pero ha habido un lío allí,
en el pueblo, entre mis amos.

Al señorito Joaquín
le cogió la señorita...
(¡si me llegasen á oír!...)
le cogió un día una carta
de una dama de París.

Ella firmaba Loreto
con unas letras así.

—Como escribe mi señora
¿Éra papel chiquitín
y tenía las esquinas



—Señor cura, ¿me da V. una estampita?

—Bueno; ¡pero á condición de que has de querer mucho á tu mamá,

—Sí.

—Y ¿la darás un besito?...

—Sí, señor; de parte de V.

—¡Ay, ojalá... te viva muchos años!

de color azul turquí?

—Precisamente.

—¡Dios mío!

¡Quién pudiera presumir!...

—¡Qué coincidencia, Gertrudis!

—¡Y qué ejemplo, Beatriz!

—¡Buena está el mundo, muchacha!

—Pues no es malo que esté así,

que el murmurar alimenta

como el sisar con buen fin.

—¿Y á ti te han salido novios?

—Más me pudieron salir;

pero en dos meses que he estado

viviendo en Albarracín

me ha querido un estudiante,

un hortera, un alguacil,

dos mozos, tres hotelanos

y un sacristán... hasta allí.

—Pues yo por el extranjero

á pocos hice tilín;

pero, en cambio, el señorito...

(no lo vayas á decir)

se ha empeñado en cortejarme

y me ha puesto, no en un tris,

sino en muchísimos tríses.

—¿Es de veras? ¡Qué pillín!

—Me dijo que le quisiera,

y yo le dije que sí.

cierta noche que su esposa

se marchó con una *miss*

de Inglaterra por las calles

de Londres.

—¡Qué zascandill!

También pretendió mi afecto

sin menearse de aquí

hace tres años ó cuatro.

—Pues bien se puede decir
que si ella es una veleta,
él es un veleta... En fin,
ya estamos de vuelta todos.
¡Dichoso quien ve Madrid!

—Dichosa tú que has corrido
tantas tierras; yo, infeliz,
no he visto más que tres pueblos
como tres granos de anís.

—Pues fastídiate, nosotros
hemos estado en Berlín.

—¡Y nosotros en berlina,
que es peor.

—Bueno, á vivir.

—Adiós, que me llama el amo.

—¿Nos veremos luego?

—Sí.

—Pues hasta luego, Gertrudis.

—Hasta después, Beatriz.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

MIAU.

—
¿Por qué no ha de hacerse
nunca la crítica de una obra
sino en el instante mismo de su
publicación? Yo protesto de esa
costumbre, con lo que se hace
imposible llamarla atención del
público hacia una obra cual-
quiera, cuando ésta sale en épo-
ca de crisis ó de barullo par-

lamentario. Esto es sencilla-
mente un absurdo, porque,
además, ningún libro aparece
para nosotros hasta el momento
en que cae en nuestras manos y
y lo leemos. Y así, *Miau*, novela
de Pérez Galdós, se publicó para
mí ayer, que fué el día en que
la compré en un baratillo de
libros.

Hablen otros á su sabor de la
última crisis ministerial, y for

men los que quieran opiniones y conjeturas acerca de sus consecuencias, desde el punto de vista de la actitud de Gamazo ó de la corazonada del general Martínez. No es para mí la recepción de Sagasta en Bilbao, el *acontecimiento más importante del momento histórico* en que escribo. Acabo de leer la última página de una novela de Galdós. Puede, por lo tanto, hundirse el firmamento... Cuando Galdós habla, ningún Villaverde tiene derecho a que se le escuche.

A mis literatos me atengo y la preferencia les doy, celebrando que Galdós haya quedado cesante como diputado á Cortes, y que no haya sido siquiera ministro. Una circular suya sobre la manera de aplicar la ley de préstamos hipotecarios no hubiera sido tan importante como una página cualquiera de *Mera*, cuyo estudio, que puede ser a la vez el de otras novelas suyas, comiezo.

El extraño título de la novela, se explica en la primera página. Al leer aquella admirable descripción de una huelga infantil, llegué á imaginarme, saboreando anticipado deleite, que el protagonista de la novela era el niño que en el primer capítulo se nos presentaba. Yo estoy *hace tiempo gimiendo y suspirando* por un estudio psicológico del niño. En la novela mo-

derna tenemos algunos episodios, nada más que episodios, siendo admirables los de *El noventa y tres*, de Víctor Hugo, los de los *paños de Ulloa*, de la Pardo Bazán, los de algunas novelas de Dickens, y los del mismo Galdós en la familia de *León Rock*. Pero nos hace falta un cuadro acabado y completo, una verdadera pintura psicológica de la infancia. Galdós, con su talento prodigioso, debe intentarla. El niño que aparece en la novela *Mera*, aunque interesante y bellissimo, es un personaje puramente episódico; con mayor relieve, con más intervención en la fábula, hubiera podido, sin duda, templar la aridez de la obra, y dar á esta un encanto indefinible y poético. Yo estoy esperando aun la sublime historia, en la última página de *Gloria*, ofrecida, de aquel niño Jesús, el cual, habiendo nacido del conflicto entre dos conciencias, había de ser la personificación más hermosa de la humanidad emancipada de los antagonismos religiosos por el amor.

Si, ya lo sé, el narrar el argumento de una obra, al hacer su crítica, es propio de escritores cursis y de medio pelo; yo he leído no sé dónde, ó soñé tal vez, ese despótico aforismo de la estética aplicada. Y vean ustedes lo que son las cosas: de-

magogo hasta la pared de enfrente, y discolor hasta dejarlo de sobra, sólo por escarmentar esa pragmática, me está dando *el arrechucho de narrar ahora*, en sendas, cuartillas, el argumento de la novela *Miaú*. Hay, empero, una dificultad de menor cuantía. En las novelas que Galdós publica de algún tiempo a esta parte, se halla la menor cantidad posible de argumento. Todo se reduce á exponer algunos cuadros de la vulgar existencia de todos los días, y á trazar la silueta de tres ó cuatro personajes, elegidos adrede entre lo más insignificante, pedestre y mezquino del teatro del mundo. Diríase que el autor se complace en amontonar dificultades para vencerlas, apartandose á la vez, en su manera de concebir y contemplar el universo, de los puntos de vista adoptados por los noveladores de la escuela idealista.

No me atrevo a decir—porque cada día me inclino menos á establecer principios absolutos—si debe canonizarse ó proscribirse el sistema de Galdós, ya practicado por Balzac, Flaubert, Zola, Daudet y los Goncourt, y no desconocido tampoco, á pesar de su filiación tan diversa, por la inolvidable Aurora Dudevant, el autor más ilustre é interesante de la es-

cuela idealista. Me agrada, eso sí, que los horizontes de la novela se ensanchen y que entren en ella los seres vulgares y anónimos, con la trivial labor de la vida, menospreciada antes y tan sólo puesta como contraste artístico para realizar la magnitud de las acciones excelsas y de los personajes inverosímiles. Siempre y cuando que no sean tratados esos asuntos por los novelistas de la clase de medianos, yo acepto y aplaudo la nueva tendencia. Porque la verdad es—aquí para *inter nos*—que los novelistas de folletín habían logrado entristecernos con aquellas largas historias en docenas de tomos donde hervía el desenfreno y palpitaba el estru de los manicomios, y había odios que traspasaban las tumbas, y amores que, fugitivos de este bajo mundo, buscaban, á la postre, su realización en las lontananzas del cielo. Contra aquella insensatez ha venido la reacción de la novela de verdad y se han escrito libras en que apenas hay un hecho, en que todo es análisis, pensamiento, ciencia y estilo. Valera, al juzgar á Zola, no ha querido fijarse en este fenómeno, que es, por otra parte, un nuevo triunfo de la actual ciencia positivista influyendo en la literatura contemporánea.

Claro está que esta clase de

novelas, de suyo difíciles, es el escollo de los novelistas medianos. Pérez Galdós, Pereda, la Pardo Bazán, Alas, Picón, Palacio Valdés, Oller y Ortega Munilla, sobre todo los tres primeros, pueden quedar airoso y lúcidos en tan bizarra aventura. Si de mí dependiese, claro está que yo haría prevalecer al Galdós de antaño, el autor de *La Desheredada*, de *Gloria* y de los veinte tomos de *Episodios Nacionales*, obras á la vez de acción y de análisis, no superadas en España ni en el extranjero. Pero admiro también al Galdós de *Miau*, de *La de Brindas* y de *Fortunata y Jacinta*, minuciosos estudios de la existencia vulgar y anónima, donde se echa de ver una manera cruda de presentar la desazón del corazón humano y se hace alarde de una verdadera riqueza descriptiva y de cierta prodigalidad de detalles, tanto por lo

que toca á la parte moral del análisis como á la meramente plástica ú objetiva; excelencias tanto más meritorias, si se considera que Galdós no es un arrendajo de autores extranjeros, ni se alimenta, cual otros muchos, de las migajas de la opulenta mesa de Zola. Aunque influido, como todos los autores coetáneos, por el naturalismo, su novela es suya, exclusivamente suya; sólo puede verse algo semejante en la reflexiva novela del Norte, casta sin mojigatería, y en las excelsas páginas de Alejandro Manzoni.

Pero, ¿á qué seguir? .. Basta decir *Miau* para que huyamos despavoridos, ante la aparición de un galo tan ilustre como Pérez Galdós, los pobres ratoncillos de la crítica literaria.

ANTONIO CORTÉS

DIALOGO.

—¿Pagaste el café?

—Yo sí.

—Pues anda.

—Aguarda un momento.

¿Dónde vamos esta noche á patear?

—Voy á verlo.



- ¿Y si ella te conociese á pesar de todo?
- Imposible, con la careta y el traje de toro no puede conocerme.
- Sí, pero como dices que vas á dejarte al descubierto la cabeza...

Dame *La Correspondencia*,
á ver dónde *dan* estreno.

—Toma,

—«Sección de espectáculos.»

Martín... Eslava... no veo...

Zarzuela... Lara... ¡qué lástima!

Price... Apolo... ¡todo es viejo!...

Chico, todo el repertorio;

hoy no hay diversión.

—Lo siento.

—Calla... «Teatro Romea.»

¡Si eso es la Infantil!

—¡Iremos,

¿qué más da?

—Tienes razón.

—¡Debe ser un esmerpento!

—¡Como todos!

—¡Claro!

—¡A ver!

—¡Qué colección de autorzuelos!

—Oye. «A las nueve. Primera

representación.»—¡Soberbio!

«De la zarzuela en un acto,

titulada *El Coracero*.»

—¡Ni con coraza se libra!

—¡Menudo sera el pateo!

—«Original de un autor

reputado.»

—¡Algún zopenco!

—¡Como todos!

—¡Claro!

—¡A ver!

—«Y música del maestro...»

—¡De obra prima!...

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¿Tú traes llave?

—¡Ya lo creo!

—¿Y el bastón delgado?

—¡Quía!

¡Esta noche traigo el grueso!

Y aunque no traiga bastón,

yo con los pies ..

—¡Por supuesto!

—Aunque tengo los tacones

torcidos, y así no puedo...

—Con el palo, no seas bobo.

Desde los primeros versos,

duro...

—¡Digo! ¿Y si es prosa?

¿cómo lo conoceremos?

Se lo preguntamos á un

acomodador.

—Primero

hay que averiguar si es

de algún amigo. Debemos

apretar en ese caso

mucho más.

—Pues ya lo creo...

—Y entrar luego al saloncillo.

—Y decirle «¡bien, siento...»

«¡A otra!»

—«No te desanimes.»

—¡Tiene gracia!

—¡Es de un efecto!

—¿Le has escrito hoy á Ramona

declarándote?

—¡No tengo

falsilla!

—Compra papel
rayado. ¡Si lo hay muy bueno!

—He de ver el Diccionario
antes de escribirla. Quiera
ver cómo *se pone* cútis,
y las haches de los huérfanos.

—¡Hombre, después de la efe!
Vamos á ver ese estreno,

—¡Dos butaquitas de punta!
¿Quién les saca punta á ellos?

E. NAVARRO GONZALEZ.

MAL CARÁCTER.

Las contrariedades de la vida habían agriado el carácter de D. Sabino hasta tal punto, que nadie le llamaba más que el *Ogro*, y no encontraba ni mujer que le amase ni criado que le sirviera.

Vivía solo como un ermitaño del monte salvaje, y, no teniendo ya con quién regañar, se ponía á sí mismo como un trapo, cada vez que cometía alguna torpeza ó fumaba más de lo regular ó bebía con exceso.

Un día que echó demasiada sal á la sopa, cogió un bastón y se dió una tollina como para él solo; otro día, que se le cayó un

horrón en una carta en que insultaba al casero por haberse cogido los dedos con una puerta, se impuso á sí mismo la obligación de no salir á la calle durante una semana, y pasó ocho días dándose bofetones. Su única pena, en aquella ocasión, consistía en no haberse podido dar dos ó tres puntapiés fuertes en sitio que le doliera.

Por un quitame allá esas pajas, armaba un escándalo en la calle. En el café promovía cuestiones con el mozo, con el vendedor de periódicos, con el fosforero, con todo el mundo.

—¿Qué va V. á tomar?—le preguntaba el camarero, como es costumbre.

—¿A V. qué le importa?—con-

testaba él esgrimiendo el bastón

El camarero, que ya le conocía, se retiraba silencioso, diciendo para sí:

—Esperemos que se le pase el arrechucho.

D. Sabino, entonces, se ponía á dar fuertes palmadas y á golpear con el bastón el pavimento, hasta que concluía por gritar fuera de sí:

—¡Mozo! ¡Mozo! ¡Que estoy llamando hace dos horas! ¡Mozo! ¿Usted se ha propuesto hacerme perder los estribos?

—¡Pero, si he venido antes!... —se atrevía á replicar el sirviente.

—¡No me lieve V. la contraria!

—¿Qué se le ofrece á V.?

—Agua sola; que este bien fría. ¿Ha oído V.?

Si le servían fría el agua, ponía el grito en el cielo; si caíente, quería matar al mozo; si templada, decía que iba á pegar fuego al café...

Su mayor satisfacción consistía en hallar contrariedades y disgustos por todas partes.

Una mañana, D. Sabino se levantó más temprano que de costumbre, y fué á llamar á las puertas de una peluquería, que aún no había abierto su dueño.

—¿Quién va? —preguntó una criada por el ventanillo.

—¡Soy yo! Yo, que quiero entrar ahora mismo. Digale V. al maestro que le necesito.

—Aún no se ha levantado.

—Pues que se levante.

El maestro acudió restregándose los ojos.

—¡Vaya unas horas que tiene usted de ponerse á trabajar! —le dijo D. Sabino amenazándole con los ojos.

—Es que...

—¡Si V. me replica, le acogoto!

—Pero...

—¡Sírname V. inmediatamente.

El peluquero no podía darse cuenta de lo que veía.

D. Sabino se sentó delante del espejo; puso el bastón sobre la mesa, y, desabrochándose el cuello de la camisa, habló así:

—¿Ve V. este lunar de pelo?

Y mostraba al asombrado artista una protuberancia velluda que tenía en el pescuezo.

—Pues bien —siguió diciendo don Sabino —ábrale V. la raya á este lunar.

El peluquero estuvo á punto de desmayarse; después cogió un peine, y se dispuso á satisfacer los deseos de aquel extravagante parroquiano.

D. Sabino, al ver que su mandato no provocaba ningún género de protestas, experimentó una penosa contrariedad.

—Si V. llega á lastimarme —dijo con acento amenazador —no vuelve V. á hacer más barbas en su vida.

—Pierda V. cuidado —contes-

tó el peluquero.—Ya está sacada la raya.

Y, al hablar así, el artista en cuero cabelludo, sacudió el peinador y dió por terminada su labor.

D. Sabino se puso de pie, y, cogiendo al peluquero por las solapas, le dijo:

—Sepa V. que no me da la gana de pagarle...

—Bueno; haga V. lo que guste.

—Pero, ¿no se incomoda V.?

—No, señor.

—Pégume V., para castigar mi osadía.

—No, señor; muchas gracias.

—Pégume V., ó no respondo de mí!

El peluquero, que creía haberselas con un demente, no quiso contrariarle, y le dió un puñetazo en un ojo.

—Gracias—dijo D. Sabino.

Y bajó las escaleras limpiándose el ojo con la manga de la levita.

Alguna vez habrían de terminar las extravagancias de don Sabino.

Y fué de la manera siguiente:

Una tarde entró en una fábrica de velas, y se puso á tirarle de los pelos del cogote al contraamaestre del establecimiento, que era hombre de malas pulgas.

—¿Qué hace V.? preguntó éste.

—Es un capricho que tengo.

—contestó D. Sabino.

—Pues hágame V. el favor de estarse quieto.

—¿No me da la gana!

—Mire V. que no aguanto ancas de nadie.

—¿Y á mi qué me importa?

En aquel instante D. Sabino se paró delante de la caldera del sebo, y la contempló con curiosidad. El contraamaestre le seguía á corta distancia, tratando de averiguar quién era aquel extraño personaje; hasta que sin poder reprimir por más tiempo la curiosidad, le preguntó:

—¿A quién busca V. aquí?

—A nadie—contestó D. Sabino volviéndole las espaldas.

—Es que...

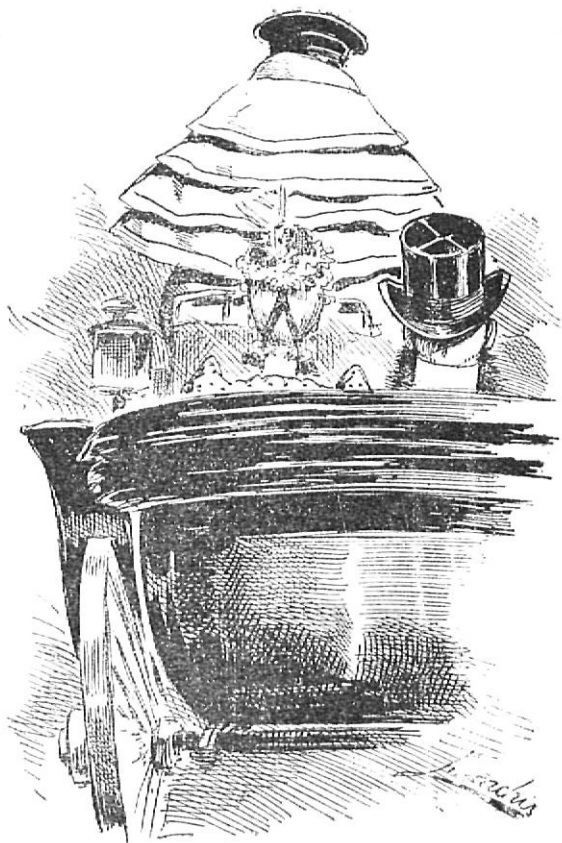
—Yo he entrado aquí porque quiero. ¿Sabe V.? Y á mi nadie me cierra el paso, porque soy muy hombre.

Y dió un empujon al contraamaestre, haciéndole chocar contra una columna.

Entonces, este, fuera de sí, cogió á D. Sabino por los faldones de la levita y lo agitó en el aire, como si fuera un aventador de cocina.

—Suélteme V.—gritó el iracundo D. Sabino, clavando las uñas en el rostro de su contrincante.

Pero éste, al sentirse herido, lanzó un juramente horrible; después levantó á D. Sabino á la altura de su cabeza, y... ¡ca-



EL MUNDO ALEGRE dará un premio al que averigüe lo siguiente: el sitio á donde se dirige este coche, el punto donde se ha alquilado, el número del farol, el color del caballo y los nombres y edades de los tres personajes que lo ocupan.

El premio consiste en una lata de pimientos al natural, siendo requisito indispensable para obtenerlo, la presentación de las fes de bautismo de los citados personajes.

taplum! lo arrojó al fondo de la caldera del sebo.

De allí pudieron sacarle con unos ganchos, y desde aquel punto y hora, D. Sabino se ha regenerado completamente.

Tanto, que le pisan en la calle ó le meten un codo por el estó-

mago ó le sacuden encima un felpudo, y el hombre dice con la mayor naturalidad:

—¡Caramba! Cualquiera día vuelvo yo á tener mal carácter. Aún me sabe el bigote á sebo.

LUIS TABOADA.

A ROSA.

(DE VÍCTOR HUGO.)

¿Que no quieres amar? ¡Pobre criatura;
cuán triste así tu primavera corre!
¿Comprendes tú lo que las aves cantan
entre la sombra plácida del bosque?

Nada en el mundo sin amor existe;
el amor es la luz, vida del orbe;
el cielo azul, cuando aparece el astro,
es todo negro cuando el sol se esconde.

Llegará á marchitarse tu hermosura
como desprecies del amor los goces:
que es necesario amar, cantan las aves,
y otra canción las aves no conocen!

AURELIANO RUIZ.

TU RECUERDO.

Al recuerdo, sin fin, de mi ventura
aun el alma vibrando se estremece,
como tiembla de noche allá en la altura,
lirio que nace cuando ya obscurece.

Y es que beber en tu mirada pura
lágrimas de otros tiempos me parece.
y aspirar creo en tu vital blancura
ese suave calor que crece... y crece...

Deja, deja que goce, amada mía,
de aquel tiempo pasado en mi agonía,
pues, aunque mi recuerdo vive muerto,
ahogada la ilusión te sigo amando;
que no hay cosa mejor que estar soñando
si se sabe soñar y estar despierto.

EDUARDO VILLEGAS.

AMBICIONES.

La ambición es una cualidad
propia de todo el género humano.

Poco ó mucho, todos ambicionamos algo.

¿Hay alguien que se atreva á asegurar lo contrario?

¿Alguno que afirme no ambicionar nada absolutamente?

El que sea tan feliz, levante el dedo...

Pero veo (porque yo tengo doble vista) que ninguno de

ustedes lo levanta, y esto me indica que el que más y el que menos no está completamente contento con su suerte.

Seguro estoy de que al más dichoso le falta algo.

Y si no, pruébenme lo contrario.



Yo he conocido á un sujeto, que, aunque se encontraba en buena posición y tenía una brillante carrera, jamás estuvo satisfecho.

Una ambición que no podía

realizar le hacia estar siempre triste y pensativo.

—Otro en tu lugar—le decían los amigos—viviría feliz y sin preocupaciones, y sin embargo tú...

—A mí me falta mucho para ser feliz—contestaba.—Yo tengo una ambición, un deseo irresistible.

—Veamos en qué consiste. ¿Desearías ser ministro?

—Eso pudiera serlo algún día. Yo deseo más.

—¿Ser Papa?

—Más.

—¿Emperador?

—No; tampoco eso habría de satisfacerme. Yo aspiro á más aún... Aspiro á algo que no puedan ser los demás.

—No comprendo entonces...

—Mi única ambición es...

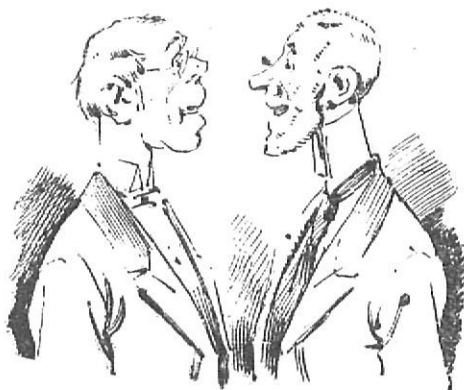
—¿Qué?

—¡Llegar á ser reina madre!

.....

Y se fué al otro mundo sin conseguirlo.

RICARDO SOTO.



—¡Le digo á usted que su chico es lo más bromista!...

—Naturalmente; pero no tiene más que quince años...

—Es la piel del demonio. Figúrese usted que ayer estaba yo en el tocador de mi esposa, cuando oigo unos golpecitos á la puerta, y una voz que dice por lo bajo:—Abre, Asunción; que el hipopótamo de tu marido no me ha visto entrar.

—Já, já. Tiene gracia, ¿verdad?

Epigramas

Tiene una voz que enagena,
don Lucio, sonora y buena;
mas, con perdón de sus canas,
me admira que voz tan llena
diga palabras tan canas.

—

Por ser fatuo pisaverde,
no estudia apenas Juan Caños.
y, aunque dicen que los pierde,
cada vez tiene más años.

—

Junta muchas cualidades
Juan Salas, según proclama.
de los hombres de más fama
que han contado las edades.

Yo envidiara su fortuna;
mas hay quien dice de Salas,
que tiene todas las malas,
y de las buenas ninguna.

ROGELIO GÓMEZ DE QUERO.



Disputaban ayer tarde,
Pantaleón y Tiburecio,
sobre ideas, y éste dijo:

—Yo soy *luterano* puro.
 Más el otro, no sabiendo
 quién era Lutero, al punto
 exclamó viendo su traje:
 —¡Pues, hombre, no vas de *luto*!

Hablando de cierto calvo,
 dijo ayer Blas á Procopio:
 —¡Es un hombre que no tiene
siquiera un pelo de tonto!

—¿Por qué te has de emborrachar?
 —Por ver si ahogo mis penas.
 —Y ¿lo consigues?
 —Apenas...
 ¡Las tunas saben nadar!

E. GUILLAR CLARI,

MISCELANEA

Suplicamos encarecidamente
 á todos nuestros corresponsa-
 les, nos hagan el señaladísimo
 favor de liquidar puntualmente
 sus cuentas con esta adminis-
 tración, pues nos veremos en
 la precisión de suprimir el pa-
 quete al que así no lo haga.



Al prado van las ovejas,
 y al prado van á inspirarse,
 también algunos poetas.



Ahora, al contratar coristas,
 no les prueban ya las voces,
les prueban las pantorrillas.



Soy tan mal intencionado,
 que gozaría si el traje
 se te cayera en el baño...

EMILIO C. OLÁRAN.



El presidente de un tribunal
 hace varias preguntas al acu-
 sado, sin obtener respuesta
 —Pero hombre, diga usted
 algo.

—¿Para qué?



A ver si me pasa lo que el otro dijo: que hice un disparo y maté al gato del ventorro, creyendo que era una liebre. Y el caso es que hoy nos han puesto para comer conejo....

—Para defenderse.

—Pues bien; que me pongan en libertad ahora mismo.

—Eso no puede ser.

—¿Lo ve usted, señor presidente? Ya sabía yo que con hablar no conseguía nada.



¡DON QUIJOTE!



Conmovido del sermón que un vicario predicaba, todo el concurso lloraba menos el torpe Simón.

—¿Y por qué no llora usted—le preguntó doña Eustoquia—como los otros?—Porque yo no soy de esta parroquia.



Señores colaboradores espontáneos de EL MUNDO ALEGRE:

Tengan ustedes la bondad de no impacientarse si no les con-

testo con la puntualidad que yo deseara; pero son tantas las cartas que se reciben diariamente, que me es imposible obrar de otro modo.

Dense con esto por contestados algunos señores que han creído extraviados sus trabajos por tal razón, y en lo sucesivo se evitarán la molestia de escribirnos tantas veces enviando por duplicado sus trabajos.

De ustedes atento seguro servidor, etc.



¡¡SANCHO PANZA!!



La mujer que quiere á un
(hombre
me causa siempre respeto;
que aunque esté alegre su cara
está sufriendo por dentro.

SERAFÍN MÉNDEZ.





¡¡ROCINANTE!!!



Porque mi defendida es un modelo de honradez y nada prueba en contra, que se haya escapado de la casa paterna tres veces con su novio...



—Oye, Juan, ¿te conoció ayer tu hermana en el baile de máscaras?

—Hombre, creo que sí; pues apenas la puse la mano en el hombro, me llamó *cuadrúpedo*.



El tenorio de la fuente de la Teja. ¡Cuántas Ineses de cocina se están derritiendo *todas* por sus pedazos!



La única casa autorizada para la venta y suscripción de EL MUNDO ALEGRE en la isla de Cuba, es la señora Viuda é Hijos de Pozo, Galería Literaria, calle del Obispo, 55, librería, Habana.



Correspondencia particular.

D. C. — Sus dibujos no sirven ni vienen bien preparados.

Fray Bonete — Madrid. — Hay que dibujarlos sobre el mismo zinc, pues trasladándolos a éste desde el papel, engruesan las líneas, y el procedimiento es algo expuesto.

Fray-Lana.

«Desde que te vi te amé,
no lo pude remediar,
te quise con el alma
y el alma no puede olvidar.»

Pensamiento profundo y...
barbaridad más profunda aún!
Y no sigo leyendo porque he
comido hace poco.

Monja Sol. — Usted corre parejas con su compañero. Y si no, véase el siguiente comienzo:

«Es la niña perezosa,
es hermosa sin igual.
y hoy he un pedido formal
su mano para ser esposa.»

Vaya, pues; ya están ustedes iguales.

K. K. U. E. T. — Madrid. — Con franqueza: ¿no es una lástima que malgaste V. así papel, tinta y tiempo para hacerlo tan mal?.

J. J. C. — Madrid. — Lo siento mucho, amigo; pero es demasiado extensa.

S. M. de V. — Madrid. — Va uno por ser vos quien sois. Sigue por ese camino, que tú llegarás a la meta.

D. R. — Valencia. — Pero hombre ¡por Dios! ¿y la ortografía?

Cosme. — Madrid. — Pero hombre, ¡por todos los demonios del infierno! ¿y el sentido común?

P. 2 + k. 2. — ¿Qué porquerías escriben algunos!

Fray Tal. — ¡Ay qué desgracia tiene V. conmigo, señor *Fray Tal*! ¿No haber podido publicarle aún ni un cantar?...

B. de * * *. — Madrid. — Esas cosas se dicen personalmente al individuo en cuestión; sólo que se expone uno á que le rompan las narices...

* * *

Pero ¿qué es esto? ¿No hay más cartas que contestar?... ¡Oh dicha suprema! Lo malo es que esta calma puede ser preludio de una tormenta horracosa. En fin, hasta la próxima, señores.

Besa sus manos

FRAY TINTERO.



EL MUNDO ALEGRE

se publica quincenalmente, formando un cuaderno de 32 páginas en un todo igual al presente.

Lleva artículos y poesías de nuestros principales literatos, retratos y caricaturas de los mejores dibujantes.

UN NÚMERO SUELTO
10 CÉNTIMOS.

Por suscripción: UN SEMESTRE, Una peseta.

A los corresponsales se les remitirá la liquidación á fin de cada mes, y dejará de serlo el que no haya satisfecho el importe de su cuenta antes del día 10 del mes siguiente

ADMINISTRACIÓN
TESORO, 5, BAJO.

KIOSKO DE LA UNIVERSIDAD,
Plaza de Santo Domingo.

Horas de despacho: en el primer punto de 2 á 6; en el segundo, todo el día hasta las doce de la noche.



Se ha venido andando
desde Valdemoro,
por *mercar* un terno
para su *Esidoro*.